me trataba, nadíe me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitian los acompañase. Hedió el oloroso, fué mohino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre, y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar; mi trato, mi conversacion era ya con mochileros, y en eso vine á parar, y es justa justicia, *que quien tal hace, que así lo pague.*

CAPÍTULO X.

De lo que á Guzman de Alfarache sucedió sirviendo al capitan, hasta llegar á Italia.

¡Qué agrio se me hizo de comenzar! ¡qué pesado de pasar! ¡qué triste de padecer nueva desventura! mas ya sabia de aquel menester, y en él habia traido los atabales á cuestas: presto me hice al trabajo; que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan, y vacian como las azacayas, tan presto como suben bajan. Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para la adversidad; y no tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mí conocieron. Mi capitan me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso, y no pudo remediarme, porque aun á sí mismo no podia: conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mí conoció luego que me trató, teniendo respeto á quienes debian de ser mis padres. Necesitéme á desnudarme poniendo altiveces á una parte; volví á vestirme la humildad que con las galas olvidé, y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaban bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué: mas que el necesitado se desvanezca, es camaleon, cuanto traga es aire sin sustancia; y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y escandaloso el pobre soberbio. Ví que no la podia sustentar, dí en servir al capitan mi señor, de quien poco antes habia sido compañero, hícelo con el cuidado que al cocinero: mandábame con encogimiento, considerando quien era, y que mis excesos, la niñez, y mal gobierno de mocedad, me habian desbaratado, hasta ponerme á servirle, y estaba seguro de mí no haria cosa que desdijese de persona noble por ningun interés. Teniame por fiel, y por callado, tanto como sufrido: hízome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradecí. Manifestóme su necesidad, y lo que pretendiendo habia gastado; el prolijo tiempo

y excesivo trabajo con que lo habia alcanzado; rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme, que saliendo de palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo dió á entender, dilatándole muchos dias el despacho, haciéndole lastar y padecer. Líbrenos Dios cuando se juntan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es, que quiera un ídolo de estos particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante que sale con aquel oficio, ó con figura de él, y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro á ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Así se llenan de viento algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar, y se divierten como si fuesen eternos, y se entronizan, como si la muerte no los hubiese de humillar. ¡Bendito sea Dios, que hay Dios! ¡Bendita sea su misericordia, que previno igualdía de justicia!

Mi capitan me lastimó con su pobreza, porque no sabia con que remediarla, y tanto cuanto un noble tiene mas necesidad, tanto se compadece de ella; mas el pobre que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, haciasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco. En el tiempo que tardaron las galeras anduvimos por alojamientos. Con la confesion que mi amo me hizo lo entendí, y el fin para que me la hizo, díjele: Ya señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad; en mis pocos años he dado muchas vueltas, lo que en mí fuere tendré la lealtad que debo á mi señor, y á quien soy: vuesa merced se descuide, que arriesgaré mi vida en su servicio, dando trazas para que en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo. Así me encargué de mas que mis fuerzas ni el ingenio prometian. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiracion: en cada alojamiento cogia una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyeron cincuenta; mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en algunas segura de mis manos ni el agua del pozo. Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capon ó palomino á comida y cena, y pernil de tocino entero cocido en vino cada domingo: nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice, siempre le acudí con todo el pio. Si en algun asalto me cautivaba el huésped, siendo poco pasaba por niñería; y si de consideracion, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba, y haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado, por ser huero sonaba mucho y no me dolian: algunas

veces habia padrinos y me las perdonaban, mas cuando faltasen, el castigo no era riguroso, ni levantaba roncha; y como sabia que me daban mas por cumplir, que con gana, sin haberme tocado al sayo, levantaba el grito que hundia la casa: de esta manera satisfacíamos, él con su obligacion, y yo la necesitad, reparando la hambre y sustentando la honra. Saliame por los caminos á tomar bagajes, vendíales el favor, encareciendo á los dueños lo que me costaba volvérselos, pagábalo á dinero; los que nos daban en los lugares, rescataba los que podia; hacíalos escurridizos, y decia que se huyeron. En las muestras y socorros metia cuatro ó seis mozos acomodados del pueblo, pasábanles las plazas; tal vez hubo, que metiendo uno en la iglesia, por cima del osario cinco veces, cobró cinco socorros, y para el postrero le puse un parche sobre las narices, por desconocerle, y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasía no descubriera la trampa descubriéndome la flor. Con estas travesuras y otros embustes, le valia mi persona tanto como cuatro conductas. Estimábame como á su vida, mas era gran gastador, y haciásele poco.

Llegados á Barcelona para embarcarnos, hallóse fatigado, sin moneda de rey, ni traza de buscarla, ni allí podian ser las mias de provecho; víle melancólico, triste, desganado: conocíle la enfermedad como médico que otras veces le habia curado de ella. Ofrecióseme de improviso su remedio. Llevaba no sé cuales joyuelas, y un *agnus Dei* de oro muy rico; pesábale deshacerse de ello, y díjele: Señor, si de mí se puede hacer confianza, deme ese *agnus Dei*, que le prometo volvérsele mejorado dentro de dos dias. Alegróse oyéndome, y (como haciendo burla) me dijo: ¿Qué embeleco tienes ya trazado, Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerías que sueles? Y porque sabia que se podia fiar de mi habilidad su provecho, y de mi secreto su honra, y que su joya estaba segura, sin rogárselo muchas veces me le dió, diciendo: Quiera Dios que me le vuelvas, y como lo piensas te suceda: vésle ahí. Tomóle, metíle en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubon. Fuíme derecho á casa de un platero confeso, gran logrero que allí habia, hícele larga relacion de mi persona, de la manera que vine á la compañía, y lo mucho que en ella en poco tiempo habia gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenia, que si me la pagase algo menos de su valor, se la daria; pero que se informase primero de mí, quién era y mi calidad, y en sabiéndolo (sin decir para que lo preguntaba, teniendo bastante satisfaccion) se saliese á la marina, que allí le esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitan, oficiales y soldados, hallando la relacion que le pareció bastante. Contestaron todos una misma cosa, ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados, muy bien tratada

mi persona y con dineros, que todo lo desperdicié como mozo, quedando perdido, cual me veia. El confeso salió donde le esperaba, y me contó lo que le habian dicho; estaba satisfecho, que seguramente podia comprar de mí cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaria por lo que valiese: díjele que nos apartásemos á solas en parte secreta, y allí se la enseñaria. Fuímonos alargando un poco, y donde me pareció lugar conveniente, metí la mano en el seno, y saqué el *agnus Dei* de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo habia pagado. Satisfízose el platero, crecióle la codicia de comprarle, porque además que estaba bien trabajado, tenia piedras de precio. Pedíle por él doscientos escudos, y era muy poco menos lo que habia costado de lance. Comenzóle á deshacer bajándole de punto, púsole cien faltas, y ofrecióme mil reales á la primera palabra: resolvíme que habian de ser ciento y cincuenta escudos, y los valia como un real; no queria bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa, sino espere á que suba el comprador á aquello en que la puede llevar. Dimos y tomamos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro en oro; parecióme que de allí no subiria, y que bastaban para lo que yo pretendia; rematésele. Bien deseó no apartarse, ni dejarme hasta tenerle pagado, y que me fuese con él. Yo le dije: Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas, fué con temor no me tomen este dinero que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme, y darme á conocer á deudos mios; y si algun soldado me ve ir con vuesa merced, bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo; y en sintiéndome algunas blancas (como soy muchacho) me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buena hora, que aquí le espero, vengan los escudos y llevará su joya, que le haga buen provecho, como deseo. Mi razon le cuadró, partió como un potro de carrera hasta su casa por ellos. Yo habia dado aviso á un compañero mio (de quien mi amo hacia confianza) que me estuviese esperando, y en dándole una seña, llegase á mí secretamente. Pusóse en acecho, y venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano; tenia la joya en la bolsa, hice por quererla desatar, y como estaba tan bien añudado, no pude. Tenia mi merchante colgada del cinto una caja de cuchillos, pedíle uno: él (sin saber para que) me le dió, corté la cinta con él, dejando asido el ñudo al jubon como se estaba, y dísela con el *agnus Dei*. El hombre se admiró y dijo: ¿para qué habia hecho tal? Respondíle, que como no tenia caja, ni papel en que dársela envuelta, lo hice, que no importaba, que ya la bolsa era vieja, y no tenia de ella necesidad, porque aquellos escudos habian de ir cosidos en una faja; él tomó su joya como se la dí, metióla en el seno, despedímonos y fuése: hice á mi compañero la seña, y en

llegando, díle los escudos, y aviséle que aguijase con ellos á casa, y dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego. Así me fuí siguiendo á mi platero, y aunque por ir á paso largo me llevaba ventaja, corrí tras él, hasta tener buena ocasion, como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo de él con ambas manos, dando voces: ¡Al ladron, al ladron! señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no le suelten, ténganle, quítenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella, y me la hurtó, señores. Conocíanme los soldados, y como me oyeron, creyeron decia verdad; tuvieron el hombre para saber qué habia sido; y porque quien dá mas voces tiene mas justicia, y vence las mas veces con ellas: yo daba tantas que no le dejaba hablar, y si hablaba que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas, y juntas las rodillas en el suelo: Señores mios, que me matará el capitan mi señor, compadézcanse de mí. Dábales lástima mi tribulacion, preguntaron ¿cómo habia sido? No le dejé hacer baza, quise ganar por la mano, acreditando mi mentira, porque no encajase su verdad; que el oido del hombre, contrayendo matrimonio de presente, con la palabra primera que le dan tarde la repudia, con ella se queda; son las demás concubinas, van de paso, no se asientan. Díjeles: Esta mañana se dejó mi señor el *agnus Dei* á la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púsele en la bolsa, metíle en el seno, y estando con este buen hombre en la marina, le saqué y se le enseñé; como era platero, preguntéle lo que valia: díjome que era de cobre dorado, y las piedras vidrios, que si lo querian vender: dijéle que no, que era de mi amo. Preguntóme: ¿Y él venderále? Respondíle: No señor, digáselo vuesa merced. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, de dónde venia, y dónde iba, hasta que nos vimos á solas, y sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo que callase ó que me mataria. Sacóme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortóme la cinta, y fuése: búsquensele por un solo Dios. Viendo los soldados la bolsa cortada, miraron al platero que estaba como muerto, sin saber que decir: sacáronle el *agnus Dei* del seno, que le llevaba en la bolsa como yo se le habia dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo habia vendido, y que por mi mano, con aquel cuchillo corté la bolsa, y en ella se la dí, dándome por él ciento y veinte escudos de oro: no le creyeron, pareciéndoles que ni él comprara de mí aquella pieza, pues habia de creer ser hurtada, y porque habiéndome mirado y rebuscado, no me hallaron dineros; con esta prueba le maltrataron de obras y palabras, que no le valian las que decia; quitáronsele por fuerza: fuése á quejar á la justicia, parecí presente, y referí el caso, segun antes lo habia dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habian visto · púsose el negocio en términos que quisieron castigarle,

diéronle una fraterna, y echáronle de allí, y á mí me mandaron que llevase á mi amo la joya. Fuíme á la posada, y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traicion aplace, y no el traidor que la hace: bien puede obrando mal el malo, complacer á quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada, y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse de él en mas de aquello que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho, mas dióle cuidado: hallábase bien con mis travesuras, temíase de ellas, y de mí; con este rescoldo pasó hasta Génova, donde habiendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió esquina. Son los malos como las víboras, ó alacranes, que en sacando la sustancia de ellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos despues para quien son. A pocos dias llegados, me dijo: Mancebico, ya estais en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño: veis aquí para ayuda del camino, partíos luego donde quisiéredes. Dióme algunas monedas de poco valor, y unos reales españoles, todo miseria, con que me fuí de con él. Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio, ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir á mi amo en lo que por él me habia puesto, las necesidades que le habia socorrido, de los trabajos que le habia sacado, y tan á mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de sí como á miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar allí mi parentela, me dió por todo poco, fuíme por la ciudad tomando lengua, que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.